Globethics Repository



Precisando el siglo americano
[Specifying the American Century]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Slater, David
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-10 14:37:24
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219148

Precisando el siglo americano

Temas para una perspectiva poscolonial

DAVID SLATER

Las nociones acerca de la visión, la misión y el destino de Estados Unidos en el mundo se remontan a sus inicios como nación. Y están íntimamente vinculados con los paradigmas bélicos de lucha e imposición. Estos presupuestos ideológicos dirigen la política imperial de EEUU hasta el día de hoy. Una revisión crítica de las ideas acerca de la guerra, la espacialidad, la otredad, la frontera, el orden y la contención que subyacen a esta concepción de poder, sirven para ponerla en entredicho. El «siglo americano» debe dar paso al «siglo de lasAméricas multiculturales» como una alternativa al rigor de la frase «América como destino».

Cualquier análisis válido de la proyección del poder estadounidense debe tener presente la paralela trascendencia de las ideas de «visión» y «misión». Si vemos el planteo de Henry Luce (1941) sobre «El siglo americano», escrito en un momento crucial de la historia del siglo XX, resulta llamativo que al examinar los problemas que enfrentaba Estados Unidos al ingresar en la escena mundial, el autor hiciera tanto énfasis en la necesidad de una auténtica visión de América (EEUU) como potencia mundial, «que nos guiará hacia la auténtica creación del siglo XX: nuestro siglo» (p. 35). Esa visión se definía en relación con a) el desarrollo de «la economía de libre empresa», siendo EEUU el líder dinámico del comercio mundial y el garante esencial del libre acceso a los mares; b) la difusión mundial de su liderazgo científico, incluyendo capacidades técnicas y artísticas; y c) con el cumplimiento de su papel de Buen Samaritano, comprometido a alimentar a todos los habitantes del planeta. Luce subrayaba finalmente la centralidad de los grandes ideales americanos: el amor a la libertad, la creencia en la igualdad de oportunidades, una tradición de autosuficiencia, independencia y cooperación. Además de eso, definía a los estadounidenses como los herederos de todos los grandes principios de la civili-

DAVID SLATER: profesor del Departamento de Geografía de la Universidad de Loughborough, Inglaterra.

Palabras clave: ideología, imperialismo, Estados Unidos.

zación occidental: la justicia, el amor a la verdad y el ideal de la caridad. Tras esta invocación de continuidad, de arraigo occidental y principios civilizados venía una noción misional. Había llegado el momento de que EEUU fuera el faro de irradiación de esos grandes ideales hacia la humanidad entera, para que se produjera una elevación de la vida humana –del nivel de las bestias a poco menos que el de los ángeles.

América como destino

Un contemporáneo de Luce, Walter Lippmann, compartía esta impresión de una misión predestinada de EEUU como naciente potencia mundial. Escritor e influyente columnista, posterior (re)inventor del término «guerra fría», Lippmann concluyó un libro sobre la política exterior estadounidense afirmando que el destino de ese país estaba sellado, porque la suerte lo había puesto en el centro de la civilización occidental, la «gloria de nuestro mundo». Para Lippmann (p. 252) el proyecto americano era de magnitudes religiosas. Resultaba histórico y a la vez providencial que la formación del «primer orden universal desde los tiempos clásicos debiera comenzar con la reunificación de las partes desmembradas de la cristiandad occidental». La incipiente misión de EEUU en el mundo consistía en cicatrizar el viejo cisma entre Oriente y Occidente mediante una nueva misión universalizadora de la fe y de la cultura.

Este lazo entre universalidad y EEUU se plasmó también vívidamente en el mensaje anual frente al Congreso del presidente Roosevelt, en 1941, cuando identificó los «cuatro derechos humanos fundamentales»: a la libertad de palabra y de expresión, a rendir culto a Dios, a vivir libre de miseria y a vivir libre de temor. En cada caso añadió una frase clave: «en *cualquier* y *cada* lugar del mundo» (énfasis mío)[1]. Visión, misión, destino y universalidad se combinan en estas declaraciones.

La preeminencia de la universalidad, la idea de una aplicabilidad ilimitada y mundial de los ideales y capacidades estadounidenses, es un tema que se remonta al siglo XIX y que puede rastrearse en el siglo XX, hasta 1989 y más allá. Lo universal también se amalgama con una noción de destino, que se alimenta del pasado y es a la vez emblemática del futuro –recordándonos quizás el comentario de Hegel, de que EEUU no solamente es «la tierra del futuro», sino también el lugar donde «la carga de la Historia del Mundo se revelará por sí misma» (p. 86).

La realidad inmediata de la guerra es crucial para nuestra comprensión de las afirmaciones de Luce, Lippmann y Roosevelt, y aunque es obvio que ellas son un reflejo del momento histórico, es posible sostener que la guerra en general ha sido inherente al surgimiento y evolución de EEUU. La guerra de la Independencia, la segunda guerra con Gran Bretaña (1812-1815), la guerra con

1. V. *Addresses and Messages of Franklin D. Roosevelt*, publicado por el Senado de EEUU y reimpreso por His Majesty's Stationery Office, Londres, 1943, p. 71.

México (1846-1848), la guerra civil (1861-1865), la guerra de Cuba (1898), las dos guerras mundiales del siglo XX, la guerra de Corea (1950-1953) y la de Vietnam constituyen algunos hitos claves. Pero la guerra está aún más arraigada. Sherry, por ejemplo, demostró que desde la década de 1930 EEUU ha vivido bajo la sombra permanente de la guerra: como recuerdo, metáfora, modelo y amenaza. Una nación que nació por medio de una guerra, que se expandió a través de la conquista y que fue reconcebida con una guerra civil, no puede ser interpretada correctamente si se la ubica solo en el contexto del progreso, la modernidad y la libertad. Lo que es más, la constitución territorial de EEUU en el siglo XIX también involucró una guerra contra los habitantes originales del continente norteamericano: la colonización y el poblamiento, el «choque de culturas», la propagación de la civilización y el orden occidentales y el primer encuentro con el «otro nativo», el «salvaje». Este vínculo entre la guerra y lo indígena me lleva al último punto introductorio.

Hasta ahora se ha hablado de EEUU en singular, pero en una era de multiculturalismo y de profundo cuestionamiento del significado de la identidad y la diferencia, podrían surgir las preguntas: ¿cuál EEUU?, ¿destino de quién? Del mismo modo, puede cuestionarse la noción de «siglo americano» reflexionando en el cambio que implicaría para nuestras prioridades conceptuales, temáticas y políticas pensar en un «siglo de las Américas» (González-Casanova). Este cuestionamiento se refiere tanto a la dualidad de un Norte y un Sur de las Américas, como a la heterogeneidad dentro de la «América» de EEUU, tanto en el pasado como en el presente.

El espacio y el otro: el lugar de la frontera

En 1891 la Oficina del Censo de EEUU declaró que la frontera había sido abolida. Los estadounidenses poblaban todo el continente, del Atlántico al Pacífico. El ímpetu de esa conquista de la naturaleza venía de la formación explosiva de una economía industrial que para 1890, por ejemplo, había logrado que la producción manufacturera estadounidense sobrepasara el total combinado de Inglaterra y Alemania (Takaki, p. 225). Pero el fin de la frontera significó más que expansión económica. En su famoso ensayo sobre la frontera en la historia americana de 1893, Turner decía que el proceso de colonización y poblamiento revivificó rasgos intelectuales de profunda importancia: el surgimiento de un «individualismo dominante», una «comprensión magistral de las cosas materiales», una «disposición práctica e inventiva», una «energía incansable, nerviosa», todo lo cual reflejaba la especificidad del intelecto estadounidense (pp. 37-38). Además, y sintomáticamente, para Turner la frontera constituía «la intersección entre salvajismo y civilización», y la «línea de la americanización más rápida y efectiva» (p. 3). Con una convicción similar, Teodoro Roosevelt en su análisis de la frontera, habla de los granjeros fronterizos y de los «aguerridos pobladores de la frontera» quienes «espoleados siempre hacia adelante por los ardientes deseos de sus anhelantes corazones ... hicieron hogares para sus hijos en el territorio virgen y de esa manera forjaron los destinos de una nación continental» (pp. 26-27). Sus adversarios, los indios originarios de la re-

gión, eran «los enemigos salvajes más formidables jamás encontrados por colonos de raza europea» (p. 17).

Las imágenes de los pueblos indígenas que predominaron a lo largo del siglo XIX, su «salvajismo», «naturaleza infantil», o más adelante, cuando ya no representaban amenaza, su «naturaleza exótica», que sería romantizada en expresiones de nostalgia por un pueblo vencido, se repiten en otros encuentros con culturas y pueblos de otras razas. Pero sin duda la frontera, el expansionismo territorial, la colonización y el poblamiento, la «cercana inundación blanca» de Roosevelt, proporcionan un contexto básico para cualquier discusión sobre el destino, la misión y la ubicación geopolítica de EEUU.

Para comienzos del siglo XX, ya pasado el apogeo de colonización y poblamiento, el viejo objetivo jeffersoniano de separar a los indios de sus territorios e incorporarlos y asimilarlos a una civilización avanzada y superior, había dejado sus marcas. La guerra y arreglos posteriores lograron que la América Nativa se redujera aproximadamente al 2,5% de su territorio original en los 48 estados de la Unión (Rickard, p. 58), y la violenta apropiación de las tierras y subsecuente confinamiento de las comunidades indias en reservaciones le dio una connotación nueva y más sombría a la frontera (Niess, pp. 10-13; Takaki, pp. 228-245; Zinn, pp. 124-146). Bien podemos contrastar esta realidad con la saga tradicional de un territorio indomado, habitado apenas por unos cuantos indios primitivos, quienes a veces se resistían de forma salvaje, pero que al final e inevitablemente desaparecían al enfrentar la civilización, la tecnología y el progreso: una saga que Durham, miembro del Movimiento Indio Americano, objeta de manera analítica[2].

El sentimiento de predestinación y de futuro señalado ya había aparecido, en la primera mitad del siglo XIX, en los escritos de un erudito francés. Para Tocqueville (p. 25) los «prejuicios implacables», las «pasiones incontroladas» y las «virtudes salvajes» condenaron a los indios norteamericanos a la «destrucción inevitable»; los indios «parecen haber sido puestos por la Providencia en medio de las riquezas del Nuevo Mundo para disfrutarlas solamente por una temporada; estaban ahí meramente mientras llegaban otros»[3]. Esa idea de que un supuesto pueblo inferior estaba predestinado a esperar la llegada y organización de otro pueblo más avanzado resonó profundamente en los ana-

2. Durham (p. 23) señala que para cuando Colón pisó por primera vez el «Nuevo Mundo» se calcula que había entre 20 y 35 millones de personas viviendo en lo que ahora se conoce como EEUU. Los pueblos se dividían en naciones, la mayoría de las cuales tenían culturas básicamente agrícolas, al contrario de la imagen tradicional de los pueblos indios norteamericanos como nómadas y cazadores. Para un estudio detallado y de hermosa presentación de la historia de las naciones nativas de América del Norte, v. Alison.

3. Una visión paralela de la postulada inferioridad de los indios se encuentra en los doctos escritos de John Bach McMaster, descrito como «el pionero americano en historia social». A finales de 1880, McMaster escribió que los indios tenían una naturaleza infantil, con una imaginación singularmente fuerte pero una razón singularmente débil; para él los indios eran «tan supersticiosos como un negro hotentote y tan irracionales como un niño» (en Wish, p. 223).

les de la teoría de la modernización en el siglo xx. Por ejemplo, según Rostow (pp. 109-110), al analizar el colonialismo, muchas veces las colonias se establecieron inicialmente para llenar un vacío, es decir «para organizar una sociedad tradicional incapaz de autoorganizarse (o renuente a organizarse) para la actividad moderna de la importación y la exportación...», añadiendo que «en los cuatro siglos anteriores a 1900 ... las sociedades nativas de América, Asia, Africa y el Medio Oriente no fueron estructuradas ni motivadas para hacer negocios con Europa occidental ni para protegerse de las armas de Europa occidental; por lo tanto fueron tomadas y organizadas».

La expansión de la frontera en el siglo xix y el violento encuentro de la América blanca con el Otro indio constituyeron un elemento significativo de la memoria nacional, y no solo aparecieron en las películas sobre «la conquista del Oeste», sino también encontraron su expresión en la política bélica y exterior del siglo xx. Por ejemplo, en los años 60 durante la guerra de Vietnam, los soldados estadounidenses describían a Vietnam como «Indian country» (territorio indio, tierra de indios) y el embajador del presidente Kennedy en Vietnam justificó la escalada militar mencionando la necesidad de sacar a «los indios» del «fuerte» para que «los colonos» pudieran sembrar «maíz» (Slotkin, p. 3). En fechas más recientes se ha utilizado también la metáfora india en el conflicto de Bosnia.

La expansión de la frontera y la constitución territorial de EEUU que hoy conocemos tuvo otra dimensión sumamente relevante para la posterior proyección de poder e influencia sobre el Tercer Mundo, y en especial en el contexto de las relaciones con América Latina. En vísperas de la guerra de México (1846-1848), y a raíz de la anexión de Texas (una razón crucial de ese conflicto), circularon en el mundo del periodismo y de la política varias nociones acerca del «destino manifiesto»[4]. John O'Sullivan, editor de *Democratic Review* y creador de la citada expresión, había escrito ya en 1839 sobre un futuro estadounidense sin límites ni fronteras, afirmando que «en su magnificente dominio del espacio y el tiempo, la nación de muchas naciones está destinada a manifestarle a la humanidad la excelencia de los principios divinos». Pero fue seis años después, viendo la incesante oposición a la anexión de Texas, que O'Sullivan escribió sobre «nuestro destino manifiesto de extender el continente que la Providencia asignó para el libre desarrollo de nuestros millones, que se multiplican anualmente» (en Pratt, pp. 797-798). La doctrina del «destino manifiesto» contenía una firme creencia en la superioridad de la América anglosajona y se utilizó para justificar la guerra y la apropiación de aproximadamente la mitad de la superficie de México. Además, así como antes se describió una presunta falta de eficiencia de los indios norteamericanos en la utilización de sus recursos naturales, al final de la guerra de 1848 el presidente

4. V. Brown, para un interesante estudio de los agentes más informales «del destino manifiesto»: no solamente políticos y hombres de negocios influyentes, sino los líderes de expediciones –los «filibusteros» (piratas o saqueadores, término que tiene un origen tanto español como holandés, *vrijbuiter*) que ponían pie en suelo extranjero en el Caribe y América Central para conquistar un territorio con tan solo un puñado de hombres armados.

Polk señaló que los territorios entregados por México habían sido y habrían seguido siendo «de escaso valor para esa o cualquier otra nación, mientras que siendo parte de nuestra Unión producirán vastos beneficios para EEUU, para el mundo comercial y para el interés general del género humano» (en Gantenbein, p. 560). En general y muy indicativo de la tendencia dominante, se presentaba al mexicano, al igual que al indio, utilizando estereotipos raciales denigrantes que más tarde se repitieron en las narrativas de finales del siglo XX (v. Horsman; Slotkin; Weinberg).

Si bien la conjunción de destino y frontera no retuvo su original fundamento territorial, sigue siendo un rasgo sobresaliente del siglo XX. En 1960, el presidente Kennedy invocó la frontera como metáfora y como propósito al decir que se estaba «al borde de una nueva frontera», en momentos en que EEUU enfrentaba nuevas circunstancias y nuevas amenazas debido a la influencia creciente de un credo rival, el comunismo, y a la proliferación de turbulencia política en los países del Tercer Mundo. El mensaje de Kennedy recurría a imágenes de vigoroso individualismo, energía incansable y deseo de libertad, y además fue la base de nuevos proyectos (como la Alianza para el Progreso en América Latina) que reavivaron el recuerdo de la «política del buen vecino» de Franklin D. Roosevelt. La continuidad también impregnó el discurso del presidente Reagan cuando en 1980, durante el resurgimiento de la Guerra Fría, ratificó su creencia en la nación del futuro, asegurando a su público que los estadounidenses pueden cumplir su destino, que es construir un país para toda la humanidad –«una resplandeciente ciudad en una colina»[5]. En el siglo XX la frontera ya no se afincaba en el diseño territorial, más bien se la relacionaba con el destino de EEUU en el mundo. La proyección de poder geopolítico y el desarrollo de una estrategia para asentar la estabilidad y el orden se basaban en la convicción profundamente arraigada acerca del papel protagónico de EEUU en el mundo. Por supuesto que había que situar en el lugar adecuado las capacidades económicas, militares y culturales para el liderazgo global, pero lo esencial para el éxito de la misión de EEUU era esa acuciosa y subyacente voluntad política.

La geopolítica del orden y la contención

Extender el poder espacial o establecer un nuevo orden político-espacial, un *Grossraum* o «gran área», como lo sugirió el teórico alemán Schmitt en su análisis de la doctrina Monroe de 1823 (Ulmen), necesita un principio de legitimación. En este caso, se asentaba en la convicción de que EEUU debía dirigir el Nuevo Mundo de las Américas como una región separada de Europa. Además, en las Américas, y más tarde globalmente, la construcción de una identidad geopolítica incluía postular la diferencia como inferioridad y como una amenaza potencial para la seguridad y el orden. A comienzos del siglo XX, Teodoro Roosevelt hizo énfasis en la importancia del orden y de una «apropia-

5. Citado en Robert Hugues: «The Decline of the American Empire» en *The Guardian*, 18/10/96, p. 3. La referencia a la «ciudad en la colina» se remonta a John Winthrop en el siglo XVII.

da vigilancia del mundo» en un contexto que describió en relación con la creciente interdependencia y complejidad de las relaciones políticas y económicas internacionales. En lo que sería conocido como el corolario Roosevelt (1904) a la doctrina Monroe, se afirmaba que «las infracciones crónicas, o una impotencia que trae como resultado un relajamiento general de las ataduras de la sociedad civilizada, pueden requerir en América, como en cualquier otro lugar, la intervención final de alguna nación civilizada», lo que en el hemisferio occidental podría demandar que EEUU ejerza un papel de «policía internacional» en casos agudos de desorden (en Gantenbein, p. 362)[6]. Pero el intervencionismo para preservar o restaurar el orden provocó muchos debates, especialmente en el contexto de una posible integración a la Unión de otros pueblos considerados inferiores[7]. Por ejemplo, la idea de que los cubanos eran incapaces de gobernarse a sí mismos fue un gran obstáculo para el reconocimiento de Cuba como país plenamente independiente. Ese hecho se reflejó en la exigencia del Congreso estadounidense de que Cuba incorporara la enmienda Platt a su Constitución y al tratado permanente de 1903 entre los dos países. La soberanía cubana había quedado severamente cercenada por una serie de condiciones añadidas a un proyecto de ley de apropiación militar del senador Platt, y en marzo de 1901 esas condiciones se convirtieron en ley en EEUU bajo el nombre de «enmienda Platt». Su tercer artículo declara que el gobierno cubano acepta que EEUU puede ejercer el derecho a intervenir para preservar la independencia cubana y mantener un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual (v. Brockway, p. 71).

Si la expansión territorial fue parte intrínseca de la expansión estadounidense durante el siglo XIX, la guerra de Cuba de 1898 introdujo una forma cualitativamente diferente que entrañaba la adquisición o el control de territorios no limítrofes. Los líderes estadounidenses tuvieron que decidir entonces cómo gobernar allí. Por ejemplo, si se convertirían en colonias permanentes del imperio americano, como en el caso de las Filipinas, o si se establecería una relación más flexible mediante la concesión de una semisoberanía bajo tutela estadounidense (protectorado), como el caso de Cuba hasta que el presidente F.D. Roosevelt revocó la enmienda Platt en 1934. En forma más general, el intervencionismo estadounidense de principios del siglo XX estaba entrañablemente unido a las metas de la preservación del orden y la difusión de los ideales de progreso y civilización. Esos asuntos estuvieron muy presentes en las ocupaciones de Cuba (p. ej., de 1906 a 1919), República Dominicana (1916-1924), Haití (1915-1934), Honduras (1912-1919 y 1924-1925) y Nicaragua (1912-1925 y 1926-1933). El gobierno de Taft, por ejemplo, continuó lo que se denominó «un protectorado moral» de Nicaragua, y el presidente Woodrow Wilson orde-

6. Más expresivamente Roosevelt sugirió que EEUU debía adoptar el refrán popular que aconseja hablar con suavidad pero cargar un garrote («big stick») para conseguir lo que se quiere (Gantenbein, p. 361).

7. Paradójicamente, muchas veces fueron los estadounidenses sureños quienes más reciamente atacaron la política imperialista de anexión, no por un sentido de igualdad de los derechos humanos, sino más bien alegando la desigualdad racial. Para una discusión general de la influencia del racismo en el imperialismo estadounidense, v. Weston.



© 2000 Frank Cisneros/Nueva Sociedad

nó que los *marines* asumieran todas las funciones de gobierno en República Dominicana durante cinco años, para restablecer «el orden interno» –como lo comentara un académico de fines de siglo «la desorganización y el desorden no serán permitidos por mucho tiempo en un mundo que se ha vuelto tan pequeño como el nuestro» (Barnet, p. 100).

En lo que respecta a la contención, es preciso enfatizar que la doctrina Monroe de 1823 representa la primera codificación de una estrategia semejante en relación con el hemisferio occidental (Whitaker). Los objetivos suponían delimitar un terreno geopolítico para las Américas que estaría libre de incursiones o interferencias indeseadas del Viejo Mundo. La proposición de Thomas Jefferson de que América tuviera «un hemisferio para ella» (Niess, p. 2) proporcionó una base para la primera expresión de una estrategia de contención alimentada por la creencia de Jefferson en un «imperio para la libertad». En forma sintomática, los países independientes de la otra América, América Latina, no fueron consultados al respecto, y lógicamente las nociones jeffersonianas de libertad generaron fuertes críticas al sur del Río Grande. Simón Bolívar dijo que EEUU parecía «estar destinado por la Providencia para plagar la América de miserias en nombre de la libertad»[8]. Desde el siglo XIX, pasando por la «política del buen vecino» de los años 30 y la Alianza para el Progreso de los 60 del siglo XX, hasta la firma del Tlcan en 1994, la ambigüedad vinculada al término «América» (país y hemisferio) se utilizó eficazmente como parte del desarrollo de la hegemonía estadounidense en las Américas. Esa ambigüedad se aprovechó en el proceso de justificar la expansión, mediante el cual los líderes de EEUU han construido una identidad y proyecto estadounidenses para unificar el hemisferio occidental tras su propia versión de un «futuro americano». En la década de los 80, por ejemplo, en un discurso ante la OEA, el presidente Reagan se refirió a este hemisferio como «un lugar especial con un destino especial», una tierra elegida que había que vigilar «para resguardarla de potencias extranjeras y despotismos coloniales, para que aquí el hombre pueda renovarse a sí mismo en libertad» (Kenworthy, p. 21).

Ese proyecto hegemónico para el hemisferio de las Américas combinaba un liderazgo moral, cultural y político con la capacidad y la voluntad, si fuera necesario, de usar la coacción, de imponer líneas de conducta, de desplegar la «fuerza de policía internacional» de Teodoro Roosevelt. Lógicamente, el desarrollo de la hegemonía estadounidense en la región de las Américas no podía quedar sin respuesta. José Martí señalaba en los primeros 1890 que Hispanoamérica se había liberado casi por completo de sus primeras metrópolis, pero ahora una metrópolis nueva y mucho más poderosa la estaba tomando por medio de la penetración económica, y usando medios militares si era necesario para extender su control (Martí, pp. 19-29). Durante las primeras décadas del siglo XX el fervor de los nacionalismos latinoamericanos tuvo mucho que ver con la propagación del poder estadounidense en la región. La «política del buen vecino» iniciada por Roosevelt en los años 30, y que constituyó una especie de

8. Cit. en Aguilar, p. 1.

«New Deal» en relaciones extranjeras, fue una respuesta al veloz surgimiento de fuerzas nacionalistas en América Latina, y un reconocimiento implícito de que los días de la pura «fuerza de policía internacional» estaban en franca decadencia[9].

Durante la Primera Guerra Mundial aparecieron amenazas al orden estadounidense para la región, pero durante la Segunda Guerra fueron mucho más graves. Sin embargo, el peligro más apremiante y constante, y en un nivel más global, apareció durante la posguerra. Aunque la revolución bolchevique de 1917 tuvo una repercusión considerable en los acontecimientos políticos de América Latina antes de 1940, y la influencia de las ideas socialistas y marxistas se extendió por una amplia gama de países del Sur de las Américas, fue principalmente en la era de la rivalidad entre las superpotencias y de la Guerra Fría de los años 50 y los 80 cuando se manifestó plenamente la verdadera pugna política y el conflicto ideológico. En ese largo periodo la estrategia de contención fue cualitativamente distinta, ya que se presentó al comunismo como una amenaza global a la estabilidad *interna* de las naciones en desarrollo. El comunismo era un credo político móvil, desestabilizador, que tenía el potencial de penetrar e infectar el Estado en América Latina, Asia y Africa. Había que proteger a estos países de la subversión comunista mediante la modernización y el desarrollo de sus estructuras sociales, económicas y políticas, y de ser necesario había que restablecer el orden mediante la intervención militar (Chomsky; Kolko; Robinson). Además de eso, era muy posible una intervención estadounidense en situaciones en que gobiernos electos democráticamente siguieran políticas radicales, ya fuera en relación con reformas agrarias, la nacionalización de propiedad privada, la formulación de una política externa independiente, o una amalgama de esos tipos de iniciativa, tal como quedó en evidencia en los casos de Guatemala en 1954, Chile en 1973, Grenada en 1983 y Nicaragua en la década de los 80[10].

En estos ejemplos podemos ver claramente la relevancia del ejercicio de un poder de coacción, es decir la capacidad y determinación de intervenir en circunstancias específicas para inducir un cambio político decisivo en otro país, soberano pero subordinado. Pero es importante tener presente que el ejercicio de la coacción siempre se legitimó dentro del contexto más amplio del liderazgo moral, cultural, económico y geopolítico para el que EEUU siempre trató de crear un consenso. En forma significativa, el valor combinado de consenso y coacción, de una voluntad tanto de liderar como de imponer, se plasmó en un

9. Sin embargo, en 1940 el Congreso estadounidense había prometido aumentar el poderío castrense de algunos Estados latinoamericanos, y ese desarrollo de las fuerzas armadas, financiado por el extranjero, hizo que el peruano Víctor Haya de la Torre se refiriera al gobierno de Roosevelt como «el buen vecino de tiranos»; v. Rosenberg, p. 227.

10. En el caso chileno, hoy de actualidad, Henry Kissinger, asesor de Seguridad Nacional en 1970, comentó infame y memorablemente que «no veo por qué tenemos que ser espectadores pasivos y ver como un país se vuelve comunista por la irresponsabilidad de su propio pueblo». La frase fue publicada por primera vez en *The New York Times*, 11/9/74, p. 14; para una discusión v. Schoultz, pp. 284-285.

documento supersecreto de Seguridad Nacional (NSC 68) preparado por un grupo de estudio especial del Departamento de Estado y Defensa en 1950. En un momento crucial en la reevaluación de la situación estratégica del mundo, este documento presentaba específicamente una serie de marcadores políticos y psicológicos decisivos para el desarrollo general de una política de contención enfocada en la Unión Soviética.

El trabajo planteaba que EEUU debía dirigir la construcción de un sistema económico y político eficaz en el mundo libre: debía procurar el desarrollo de una comunidad internacional saludable mediante un vigoroso patrocinio de las Naciones Unidas, la consolidación del sistema interamericano, la rehabilitación de Europa occidental y la promoción de las actividades económicas estadounidenses. Valores inherentes a EEUU, «la tolerancia fundamental de nuestra visión del mundo, nuestros generosos y constructivos impulsos, y la ausencia de codicia en nuestras relaciones internacionales» se veían como una promesa de que «se manifestará dinámicamente al resto del mundo la vitalidad de nuestro sistema». Por lo tanto, añadía el documento, «en la medida en que nosotros mismos demostremos poder, confianza y un sentido de dirección política y moral, esas cualidades serán evocadas en Europa occidental»... y «en tal situación, podemos anticipar también un progreso general en la tendencia política en Latinoamérica, Asia y Africa» (p. 401 y ss.). Si esa era la visión del liderazgo, de la promoción del consenso, también se declaraba que mantener una posición militar fuerte era esencial para la contención, a la cual se definía como una política de «coacción gradual y calculada» (ibíd.). El énfasis en la coacción no tenía que ver únicamente con la amenaza percibida del expansionismo soviético; el uso de la coacción se incorporó a una estrategia amplia y generalizada de defensa de la libertad y la democracia en un mundo cada vez más turbulento. De hecho, década y media después, en un contexto formado por la intervención militar en República Dominicana (1965), la guerra de Vietnam y una crisis social en ciudades de EEUU, el presidente Johnson dejó muy en claro que lo doméstico y lo extranjero eran dos lados de la misma moneda, que promover la democracia en casa significaba garantizarla afuera, que EEUU era una democracia grande, liberal y progresista hasta el límite de sus fronteras y «somos iguales más allá»; no nos imaginemos nunca, añadió Johnson «que los americanos puedan mostrar la misma cara en Denver y Des Moines y en Seattle y Brooklyn, y otra distinta en París y Ciudad de México, en Karachi y Saigón...» (Johnson, p. 7).

Esa representación del amalgamiento de lo doméstico y lo extranjero, de lo interno y lo externo, repercutió en muchas áreas del cambio político. Por ejemplo, la «contención» como estrategia no se utilizó únicamente en la arena internacional (Gaddis); internamente el macartismo y el Comité de Actividades Antiamericanas fundado por el Congreso en la década de los 50 generaron una atmósfera que impregnó toda la cultura estadounidense de anticomunismo y miedo a la «amenaza roja». Como lo explica Nadel en su libro sobre la cultura de la contención, se consideraba que la vigilancia era muy necesaria, mas no suficiente, pues la seguridad dentro y fuera del país requería que no solo se

investigaran los actos, sino también los motivos, y al mismo tiempo que se canalizaran esos motivos y actitudes en una dirección aceptable. Ello se tradujo en que se considerara particularmente importante apoyar el desarrollo de las capacidades militares, económicas y culturales, influir en la opinión pública y construir el consenso en torno de la política estadounidense. Esa manera de percibir las cosas se acentuó después de la derrota en Vietnam y durante la década de los 80. La administración Reagan, por ejemplo, estableció una Oficina de Diplomacia Pública cuya función principal era difundir propaganda antisandinista a través de los medios de comunicación (Chomsky, pp. 76-79).

La protección del «mundo libre» y la estrategia de la contención se caracterizaron por un claro deslinde de amigos y enemigos, aliados y adversarios. Se podría sugerir que la política estadounidense hacia los Estados considerados amigables estaba orientada al acomodamiento o a la asimilación. Con respecto a Europa occidental y Japón, EEUU buscaba establecer y mantener relaciones de beneficio mutuo bajo su hegemonía, mientras proyectaba su imagen de líder del mundo occidental. En cambio las políticas de asimilación benévola ten-dieron a sentirse mucho más incisivamente con respecto a las naciones del Sur, especialmente en relación con los países más débiles. Así se reflejó en el papel de EEUU dentro de la OEA y hace poco en el contexto del Tlcan. Por otro lado, los Estados considerados hostiles a las visiones estadounidenses de libertad, progreso y democracia fueron objeto de políticas de aislamiento y eliminación, que no siempre estuvieron separadas. Por ejemplo, en el caso de Cuba, después de la invasión de Bahía de Cochinos en 1961, vino un bloqueo permanente de la isla y un aislamiento en el plano internacional. En forma similar, en el caso de Nicaragua en los 80, el aislamiento de su posición internacional y la eliminación del gobierno sandinista fueron parte integral de la estrategia geopolítica general de Washington. La identificación política de los amigos y los enemigos continuó después de 1989, pero actualmente la estrategia de contención ya no se relaciona con la lucha global contra el comunismo.

La invasión de Panamá, denominada por el gobierno de Bush «Operación Causa Justa» en diciembre de 1989, representó a la vez el cambio y la continuidad en el contexto del intervencionismo. El cambio se reflejó en la forma como se justificó la invasión: no más referencias a la Guerra Fría y a la lucha contra el comunismo, sino más bien a la necesidad de capturar a un dictador corrupto acusado de facilitar la entrada de narcóticos al territorio estadounidense, y enemigo de la «guerra contra las drogas» declarada por Washington. La continuidad se encontraba en la transgresión estadounidense de la soberanía panameña y en la instalación de un nuevo gobierno después de la intervención. Panamá 1989 señaló el comienzo de un nuevo contexto para la contención. La guerra contra las drogas, con sus dimensiones tanto internas como externas, ha estado vinculada a políticas dirigidas a erradicar el suministro de cocaína, poniendo en la mira las zonas andinas productoras de coca (Bolivia, Colombia y Perú); incluso se ha llegado a pedir que se bombardee Medellín o que se invada Colombia. En este terreno la contención es mucho más específica, más geográficamente puntualizada, y las referencias al (des)orden, corrupción y

violencia en el Tercer Mundo, han sido más significativas que la anterior presentación del comunismo como una ideología peligrosa e invasora (Slater).

En un contexto diferente, la situación geopolítica en el Golfo, EEUU ha usado una estrategia de «contención dual» con respecto a Iraq e Irán. Pero como lo señaló la prensa, esa estrategia ha dado menos resultado en lo referente a Irán, y es evidente que las diferencias entre dos países hacen que sea sumamente dudosa[11]. La política estadounidense hacia Iraq e Irán puede verse como parte de una estrategia más amplia dirigida contra los así llamados «Estados villanos», una categoría que incluye también a Afganistán, Cuba, Libia y últimamente Sudán. Se considera que tales países patrocinan el «terrorismo», por lo que han sido objeto de sanciones, aislamiento internacional y en determinados momentos ataques directos con misiles, tal como ocurrió no hace mucho con Afganistán y Sudán. Por lo tanto, lo que estamos viendo en desarrollo en esta era posguerra fría es la identificación, por parte de EEUU, de una serie de nuevas amenazas al orden y la seguridad internacional, seguida por la formulación de políticas de contención con objetivos geográficos específicos, políticas que en el presente tienden a aplicarse a través de las Naciones Unidas (Morales).

Desde la doctrina Monroe ha habido tres periodos generales de contención: uno inicial que duró hasta la Segunda Guerra Mundial y se centró fundamentalmente en el desarrollo de la hegemonía de EEUU en las Américas y la restricción de la influencia geopolítica de Europa; un segundo periodo muy importante dirigido a combatir lo que se veían como ofensivas expansionistas de la Unión Soviética; y una tercera fase posguerra fría caracterizada por una diversificación de las estrategias de contención como respuestas a una creciente proliferación de amenazas conjeturales al orden y la seguridad internacional. Esta etapa contemporánea es la escena de estrategias de contención racionalizadas en el contexto global, pero con blancos nacionales y regionales según sus diferentes justificaciones.

En el siglo XX: visiones de «América»

En 1993 el presidente Clinton dijo que el nuevo mundo al que nos dirigimos favorece a EEUU. Añadió que «estamos mejor equipados que cualquier otro pueblo de la Tierra para dirigir y prosperar, por razones de nuestra historia, nuestra cultura y nuestra disposición al cambio» (en Valladão, p. 3). Estados Unidos como «la nación indispensable» en un mundo en veloz transformación, inestable y cada vez más caótico es una visión de «América» que va a estar muy presente en el próximo siglo. También es una visión que puede apoyarse en las evidencias que señalan una combinación única de poderío militar sin rival, la mayor y más dinámica economía del planeta, una cultura con alcance global y, lo que es crucial, la voluntad política para seguir siendo un poder hegemónico en el mundo del futuro. Quizás entonces pasar del siglo XX al siglo XXI será equivalente a pasar de la «América imperial» a la «América mundial o

11. V. *The Guardian*, 13/6/97, Londres, p. 19.

global», donde las imágenes producidas en EEUU reflejarán un concepto del individuo separado de una cultura particular, enfrentando los mismos retos que de otros individuos del planeta, pues todos serán ciudadanos del Mundo-América –la *pax americana* ahora global. En forma alternativa, y en oposición a esta visión de estandarización, podríamos ver una proliferación de identidades hibridizadas, tanto globalmente como dentro de un EEUU multicultural.

Al comienzo de este ensayo destaqué la importancia de la visión, la misión y el destino en nuestras reflexiones sobre «el siglo americano». Remitiéndome a los escritos de tiempos de guerra de Luce y Lippmann ofrecí una introducción a una mirada bastante influyente del lugar de «América» en el mundo. Luego ponderé algunos elementos de la guerra, la espacialidad, la otredad, la frontera, el orden y la contención para describir someramente una posible perspectiva dirigida a poner en entredicho y cuestionar la visión predominante del poder de EEUU y su proyección en el mundo. Este planteo puede considerarse «poscolonial», en el sentido de que busca inmutar esas visiones establecidas y singulares del destino, la libertad, el progreso y la democracia, enfocando algunas de esas otras experiencias e historias de pueblos y países subordinados, que a veces se ocultan a la vista. Son solo las líneas generales de otra apertura que podría estimularnos a yuxtaponer al «siglo americano» un «siglo de Américas multiculturales». Al pensar en alternativas futuras, en alternativas a la visión estandarizadora y universalizadora de «América como destino», bien podríamos considerar esas múltiples formas de desafío, protesta, movilización, democratización y reformulación social que siguen brotando a lo largo de los territorios de las Américas (v. Alvarez/Dagnino/Escobar). Es más, podríamos destacar el potencial que ofrecen las variadas culturas políticas de las Américas para otras formas de ver más allá de una visión única del futuro. De esa manera nos estaríamos apartando también de las visiones esencialistas de la política estadounidense y abriéndonos a la posibilidad de inventar múltiples futuros.

Traducción: Nora López

Bibliografía

Aguilar, A.: *Pan-Americanism-from Monroe to the Present*, Monthly Review Press, Nueva York y Londres, 1968.

Alison, J. (ed.): *Native Nations: Journeys in American Photography*, Barbican Art Gallery, Londres, 1998.

Alvarez, S.E., E. Dagnino y A. Escobar (eds.): *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements*, Westview Press, Boulder, 1998.

Barnet, R.J.: *Intervention and Revolution: America's Confrontation with Insurgent Movements around the World*, Meridian Books, Nueva York, 1980.

Brockway, T.P.: *Basic Documents in United States Foreign Policy*, Van Nostrand, Nueva York, 1957.

Brown, C.H.: *Agents of Manifest Destiny: The Lives and Times of the Filibusters*, University of North Carolina Press, 1980.

Chomsky, N.: *Deterring Democracy*, Hill and Wang, Nueva York, 1992.

Durham, J.: *A Certain Lack of Coherence: Writings on Art and Cultural Politics*, Kala Press, Londres, 1993.

Gaddis, J.L.: *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of Postwar American National Security Policy*, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1982.
Gantenbein, J.W. (ed.): *The Evolution of Our Latin American Policy-A Documentary Record*, Columbia University Press, Nueva York, 1950.
González-Casanova, P.: «Americanization of the World» en D. Slater y P.J. Taylor (eds.): *The American Century*, Blackwell, Oxford, 1999, pp. 317-337.
Hegel, G.W.F.: *The Philosophy of History* [1899], Dover, Nueva York, 1956.
Horsman, R.: *Race and Manifest Destiny*, Harvard University Press, Harvard, 1981.
Johnson, L.B.: «Our Foreign Policy Must Always be an Extension of This Nation's Domestic Policy», abril de 1966, en W. LaFeber (ed.): *America in the Cold War*: *Twenty Years of Revolution and Response, 1947-1967*, John Wiley & Sons, Nueva York y Londres, pp. 3-7, 1969.
Kenworthy, E.: *America/Americas-Myth in the Making of U. S. Policy Toward Latin America*, The Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1995.
Kolko, G.: *Confronting the Third World: United States Foreign Policy 1945-1980*, Pantheon Books, Nueva York, 1988.
Lippmann, W.: *U.S. Foreign Policy and U.S. War Aims*, Overseas Editions, Nueva York, 1943.
Luce, H.R.: *The American Century*, Farrar & Rinehart, Nueva York y Toronto, 1941.
Martí, J.: *Estados Unidos y América Latina*, *Obras Completas* vol. XIX, Patronato del Libro Popular, La Habana, 1961.
Morales, W.Q.: «US Intervention and the New World Order: Lessons from Cold War and post-Cold War Cases» en *Third World Quarterly* vol. 15 Nº 1, 1994, pp. 77-101.
Nadel, A.: *Containment Culture: American Narratives, Postmodernism and the Atomic Age*, Duke University Press, Durham y Londres, 1995.
Niess, F.: *A Hemisphere to Itself: A History of US-Latin American Relations*, Zed Books, Londres y Nueva Jersey, 1990.
NSC 68: «United States Objectives and Programs for National Security» (14/4/1950) en T.H. Etzold y J.L. Gaddis (eds.): *Containment: Documents on American Policy and Strategy, 1945-1950*, Columbia University Press, Nueva York, pp. 385-442, 1978.
Pratt, J.W.: «The Origin of 'Manifest Destiny' en *American Historical Review* XXXII, 7/1927, pp. 795-798.
Rickard, J.: «The Occupation of Indigenous Space as 'Photograph'» en Jane Alison (ed.): *Native Nations...*, pp. 57-71.
Robinson, W.I.: *Promoting Polyarchy: Globalization, US Intervention and Hegemony*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.
Roosevelt, T.: *The Winning of The West* vol. I, G.P. Putnam's Sons, Nueva York, 1889.
Rosenberg, E.S.: *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, Hill and Wang, Nueva York, 1982.
Rostow, W.W.: *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge y Nueva York, 1960.
Schoultz, L.: *National Security and United States Policy toward Latin America*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1987.
Sherry, M.S.: *In the Shadow of War: The United States since the 1930's*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1995.
Slater, D.: «Situating Geopolitical Representations: Inside/Outside and the Power of Imperial Interventions» en D. Massey y J. Allen (eds.): *Human Geography Today*, Polity Press, Cambridge, 1999.
Slotkin, R.: *The Gunfighter Nation: The Myth of the Frontier in Twentieth Century America*, University of Oklahoma Press, Norman, 1998.
Takaki, R.: *A Different Mirror: A History of Multicultural America*, Back Bay Books, Boston, Nueva York y Londres, 1993.
Tocqueville, A. de: *Democracy in America* vol. I, Vintage Books, Nueva York, 1990.
Turner, F.J.: *The Frontier in American History* [1920], Holt, Rinehart and Winston, Nueva York y Londres, 1962.
Ulmen, G.L.: «American Imperialism and International Law: Carl Schmitt on the US in World Affairs» en *Telos* Nº 72, verano 1987, pp. 43-71.
Valladão, A.G.A.: *The Twenty-First Century will be American*, Verso, Londres y Nueva York, 1998.
Weinberg, A.: *Manifest Destiny*, Quadrangle Books, Chicago, 1963.
Weston, R.: *Racism in U.S. Imperialism*, University of South Carolina Press, Columbia, 1972.